

MANUEL PÉREZ LEDESMA  
ISMAEL SAZ  
(COORDS.)

# DEL FRANQUISMO A LA DEMOCRACIA 1936-2013

VOLUMEN IV

MARCIAL PONS HISTORIA  
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
MANUEL PÉREZ LEDESMA E ISMAEL SAZ	
<b>PRIMERA PARTE</b>	
<b>REGÍMENES HISTÓRICOS Y MARCOS CULTURALES</b>	
LAS RAÍCES CULTURALES DEL FRANQUISMO .....	21
ISMAEL SAZ (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	
VIDA COTIDIANA, EDUCACIÓN Y APRENDIZAJES POLÍTICOS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DURANTE EL FRANQUISMO .....	53
CARLOS FUERTES (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	
LA APORTACIÓN DE LOS <i>NUEVOS</i> MOVIMIENTOS SOCIALES A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA .....	81
PILAR TOBOSO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	
LA CONSOLIDACIÓN DE LA «MATRIZ CULTURAL» DE LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA (1982-1996) .....	111
M.ª LUZ MORÁN (UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID)	
NACIONALISMOS Y CULTURAS POLÍTICAS EN ESPAÑA (C. 1975-2012)	141
FERRAN ARCHILÉS (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	
«Y EN ESTO LLEGÓ LA CRISIS». TRANSFORMACIONES Y QUIEBRA DE LA MATRIZ CULTURAL DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA .....	175
JORGE BENEDICTO (UNED)	

**SEGUNDA PARTE**  
**LAS IDENTIDADES POLÍTICAS**

¿LA REPÚBLICA DE LAS <i>PEQUEÑAS DIFERENCIAS</i> ? CULTURA(S) DE IZQUIERDA Y ANTIFASCISMO(S) EN ESPAÑA, 1931-1939 .....	207
HUGO GARCÍA (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	
LA DICTADURA FRANQUISTA: CULTURAS POLÍTICAS ENFRENTADAS DENTRO DEL RÉGIMEN VENCEDOR .....	239
ZIRA BOX (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	
DE LA GUERRA AL MOVIMIENTO: SOBRE PRÁCTICAS, SOCIALIZACIÓN Y VECTORES DE DIFUSIÓN DEL FALANGISMO .....	267
JULIÁN SANZ (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	
RETÓRICAS Y ESPACIOS DEL ANTIFRANQUISMO .....	299
JOSÉ BABIANO (FUNDACIÓN 1.º DE MAYO)	
LAS CULTURAS POLÍTICAS SOCIALISTA Y COMUNISTA ANTE LA RUPTURA PACTADA: ACCIÓN COLECTIVA, CONSENSO Y DESENCANTO EN LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA, 1975-1979 .....	327
ALBERTO SABIO (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)	
DERECHAS E IZQUIERDAS EN LA ESPAÑA POSFRANQUISTA .....	361
CARMÉ MOLINERO Y PERE YSÀS (UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA)	
BIBLIOGRAFÍA .....	395
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	453

# INTRODUCCIÓN

MANUEL PÉREZ LEDESMA  
ISMAEL SAZ CAMPOS

La dictadura franquista quiso imponer una ruptura total con la tradición liberal que, con altibajos, había marcado la historia de la España contemporánea. No fue una «etapa más» de esa historia; fue, simplemente, su negación. Y su negación explícita. Basta recordar al respecto la presencia recurrente a lo largo de todo el franquismo de ese referente legitimador negativo que fue la *Anti-España*. La dictadura era la antítesis de esa *Anti-España* que había que destruir para siempre. Y la *Anti-España* eran la Ilustración y el liberalismo, la masonería y la Institución Libre de Enseñanza, el republicanismo, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el «separatismo». Sobre la crisis y la descomposición de esa dictadura se fue reconstruyendo una sociedad civil que fue protagonista de un proceso, largo y sumamente complejo, que concluyó en la construcción de la actual democracia, algo que, por definición, se situó en las antípodas de la dictadura. Casi cuarenta años a un lado y a otro en esta sucesión de regímenes antagónicos. Solo por eso se comprenderán las dificultades a que se enfrenta este cuarto volumen de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Aunque, claro, no solamente por esto, porque, como se verá, las cosas fueron bastante más complejas de lo que este primer párrafo pudiera sugerir.

En primer lugar, la naturaleza de la dictadura alteró radicalmente todas las reglas del juego en que habrían de desenvolverse las distintas culturas políticas. Unas, las de los derrotados en la Guerra Civil, prohibidas y perseguidas desde la explícita voluntad de erradicarlas, hubieron de enfrentarse a la clandestinidad o el exilio. Otras, las de los vencedores, fueron subsumidas en el partido único de un régimen que, por definición, excluía cualquier forma de

pluralismo político y, por ende, la existencia de cualquier «cultura política» específica que no fuera la, supuestamente, general y única del propio régimen.

Sin embargo, en segundo lugar, el régimen se mostró bastante menos eficaz de cuanto su radicalismo en lo político y su determinación en lo represivo hacían presagiar. Podría decirse en este sentido que, con todo y pese a todo, las distintas culturas políticas, de unos y otros, se «negaron a desaparecer». En las difíciles condiciones de la clandestinidad y el exilio, unas; manteniendo viejas identidades, más o menos subsumidas en el discurso «oficial», las otras. Todas ellas experimentaron, por supuesto, cambios, auges y declives. Pero subsistieron. De ahí una de las dificultades que apuntábamos, la de rastrear en este cúmulo de negaciones, represivas o unitaristas, las continuidades y cambios, las permutaciones, de todas y cada una de las culturas políticas.

En tercer lugar, los contextos históricos no vienen predeterminados, no son ajenos a los marcos culturales y políticos de los que emergen y se constituyen como tales. Ni la dictadura franquista se construye a partir de la nada ni tampoco lo hará la futura democracia. En la construcción política y cultural del franquismo tuvieron mucho que ver las culturas políticas antiliberales que le precedieron, como lo tuvieron también en su propia evolución. Y no se entiende la construcción de la democracia si se ignoran los cambios experimentados por unas culturas políticas, identificadas con el antifascismo, primero, y el antifranquismo, después, que hicieron del restablecimiento de la democracia el norte de toda su actividad política. Tampoco, por supuesto, si se prescinde de la presencia de sectores «desgajados» del propio franquismo o de aquellos otros cuyas identidades franquistas hubieron de experimentar los retos derivados del ascenso de la democracia. Ni siquiera muchos de los interrogantes que plantean los procesos de construcción, consolidación y crisis de la actual democracia son por completo ajenos a este complejo juego en el que las diversas culturas políticas hubieron de definirse y redefinirse.

En cuarto lugar, las lógicas políticas y represivas de la dictadura introdujeron profundos condicionantes en las *prácticas* de las distintas culturas políticas, en sus espacios de sociabilidad, en sus horizontes de expectativas. Habría, desde este punto de vista, elementos de fragmentación del campo antifranquista, por ejemplo, entre el exilio y el interior, con dinámicas semejantes pero también divergentes, con nuevas transversalidades y con nuevos elementos disruptivos. Salvando las distancias, algo similar cabría decir de las culturas franquistas, cuya aparente invisibilidad contrastaba con el hecho de que todas ellas estaban, de un modo u otro, en posiciones de poder. Lo que

implicaba desarrollos específicos de su sociabilidad, de sus mecanismos de penetración social, además de, por supuesto, sus discursos políticos.

Más difícil todavía, en quinto lugar, es aprehender en las condiciones de una dictadura, primero, y en las de unos cambios radicales, después, las dinámicas de las «culturas vividas», de las experiencias de la vida cotidiana, del modo en que los españoles se situaron, aceptaron, interiorizaron parcial o totalmente, se distanciaron o rechazaron, también total o parcialmente, los discursos y, desde luego, las prácticas que venían del lado del poder o de la oposición. Mayores dificultades aún presenta la, por otra parte crucial, cuestión del modo en que ese cúmulo de experiencias, actitudes y percepciones interactuó con las culturas políticas previas de los españoles de a pie, de la «gente corriente». Una relación, siempre de doble sentido, de arriba abajo y de abajo arriba que, una vez más, gravitaría sobre todos los cambios posteriores, sobre los procesos políticos y los marcos culturales.

No es, finalmente, el menor de los problemas el de la fragmentación de los tiempos, algo que tiene mucho que ver con lo que terminamos de apuntar. Porque si asumimos el protagonismo de las dinámicas de la sociedad civil, más activo en ocasiones, menor, aunque solo sea en apariencia, en otras, desde el tardofranquismo a la democracia, hay que aceptar también que estas dinámicas deben ser estudiadas en sí mismas, en sus continuidades y en sus cambios. Algo que se capta bien, aunque no se pueda reducir a ello, en la extrema complejidad de los movimientos sociales, «viejos», «nuevos» o «novísimos» que sean, presentes y fundamentales en la lucha por la libertad, interactuando con las distintas culturas políticas en la naciente democracia. Desde luego, estos movimientos sociales experimentaron cambios sustanciales y no pueden limitarse a una única matriz. Pero es posible captar también en ellos ciertos hilos de continuidad, sea en su contribución a los cambios experimentados en los sucesivos marcos culturales, sea, por ello mismo, en su capacidad contrastada, aunque difícil de codificar, para generar efectos políticos.

Tal cúmulo de dificultades no hace, contra lo que pueda parecer, sino subrayar la importancia del enfoque de las culturas políticas. Entendemos estas, como conjuntos de discursos y prácticas, como códigos o conjuntos de valores y representaciones, específicos, plurales y conflictivos. Las culturas políticas están sujetas a cambios y permutaciones; experimentan procesos de auge y declive; se definen en un proceso de interacción entre ellas y los planos de la vida cotidiana; «generan», por la vía de la hegemonía de alguna de ellas o por elementos fuertes de transversalidad, marcos culturales compartidos, que podrán constituirse a su vez en territorios en disputa. Consideramos, en fin,

que culturas políticas específicas, marcos culturales, experiencias, contextos y procesos históricos están profundamente entrelazados de modos complejos y cambiantes cuyas variables y resultantes, en todas las direcciones posibles, constituyen precisamente el objeto de toda investigación.

De acuerdo con estas consideraciones, el presente volumen se articula en dos partes. La primera, a la que hemos denominado «Regímenes históricos y marcos culturales», parte de la insoslayable necesidad de reconocer que no es posible referirnos aquí a un contexto o tiempo histórico, en singular, que abarque el franquismo y la democracia, en un abanico cronológico, además, de casi ochenta años. Se trata, por tanto, de partir de esta diversidad, de esta sucesión de contextos históricos y marcos culturales, pero sin erigirlos por ello en compartimentos estancos. Hay códigos y valores comunes, compartidos, en el franquismo, como los hay en la democracia. Pero no son en ningún caso inmutables, ajenos a las culturas políticas específicas que actúan en y sobre ellos. De ellas se ocupa la segunda parte del volumen, «Las identidades políticas», y lo hace desde perspectivas que coadyuvarán, de una parte, a captar las retóricas identitarias, las prácticas políticas, los espacios de socialización de las distintas culturas, así como las interacciones entre ellas; y de otra, a indagar en los sucesivos procesos de definición y redefinición de unas culturas políticas obligadas, en más de una ocasión, por así decirlo, a «reinventarse».

Los seis capítulos de la primera parte se centran, en la línea que apuntábamos, en el estudio de los sucesivos marcos culturales, con sus códigos compartidos y con sus elementos en disputa. Y lo hacen a partir de perspectivas que abarcan desde los discursos de la alta cultura, o la alta política, a los de la cultura vivida y la vida cotidiana, desde las contribuciones de la sociedad civil y los movimientos sociales, a los de la construcción, consolidación y crisis de los valores compartidos de la democracia, sin olvidar la cuestión del nacionalismo, tan omnipresente como frecuentemente olvidada.

En el primer capítulo, «Las raíces culturales del franquismo», Ismael Saz lleva a cabo una aproximación a las diversas culturas que desde el siglo XIX, pero especialmente en las primeras décadas del siglo XX, constituyeron los nutrientes culturales del futuro franquismo. De todas ellas, la nacionalcatólica de Acción Española y la fascista de Falange se confirmaron como hegemónicas en la dictadura. La primera, crisol y síntesis coherente de las tradiciones reaccionarias; la segunda, articulando en clave fascista elementos importantes del nacionalismo secular español. El proceso de fascistización experimentado por las derechas españolas durante la República y el de catolización forzada a partir de la Guerra Civil, conformaron un marco cultural insoslayable. Tal fue la base de

la cultura franquista, transversal y conflictiva, pero efectiva; más nacionalcatólica que fascista, por más que ninguna de estas dos culturas políticas se impusiera nunca por completo.

El capítulo de Carlos Fuertes, «Vida cotidiana, educación y aprendizajes políticos de la sociedad española durante el franquismo», lleva a cabo una aproximación «desde abajo» a las actitudes ciudadanas durante el franquismo, indagando especialmente en los espacios de intersección entre la difusión social de las culturas políticas, las experiencias de la vida cotidiana y los aprendizajes políticos de los españoles. Fuertes constata la existencia de límites muy notables en la difusión de las culturas del franquismo, la capacidad de supervivencia y expansión de las culturas políticas democráticas y, sobre todo, la enorme complejidad de las actitudes políticas de los españoles, quienes pudieron combinar permeabilidad, indiferencia y rechazo a los discursos políticos del régimen. Alternativamente, el peso de las diversas experiencias de socialización política, las actitudes cotidianas y las culturas políticas de los ciudadanos resultaron determinantes en la crisis final de la dictadura y la construcción de la democracia.

Si el texto de Fuertes rompe compartimentos estancos al subrayar la contribución de la ciudadanía, ya en el tardofranquismo, a la construcción de la cultura democrática, lo propio hace Pilar Toboso en el terreno de «La aportación de los *nuevos* movimientos sociales a la democracia en España». Unos movimientos —«nuevos» o «antiguos», como aquí se discute— con una importancia creciente en la transición. Los movimientos estudiantil y vecinal, con un fuerte contenido «político» en el marco de la lucha contra la dictadura, constituyeron plataformas para la sucesiva configuración de otra serie de movimientos, entre los que se presta atención especial al feminismo, el pacifismo y el ecologismo. Fueron heterogéneos, como también fueron distintas sus trayectorias. No se configuraron como culturas políticas, pero por su incidencia en estas últimas y por su capacidad para transformar normas, valores y relaciones sociales, terminaron por suponer una contribución decisiva a la cultura de la democracia.

El capítulo de María Luz Morán, «La consolidación de la “matriz cultural” de la democracia en España (1982-1996)», se centra en las primeras legislaturas socialistas, entendidas como un «interregno» en el que se produjo la consolidación-rutinización de las bases culturales de la democracia española. La alta legitimidad de la democracia y la moderación de las actitudes políticas fueron algunos de los elementos de fuerza de una cultura hegemónica tan consolidada como optimista, aunque no carente de ambigüedades y contradicciones. Tales, la incapacidad para desarrollar un discurso sólido de identidad



cívica; la debilidad de los símbolos de la ciudadanía común política y social; la jerarquización de los partidos en detrimento de la participación de las bases; el distanciamiento de los ciudadanos respecto de la vida política convencional. En suma, el periodo de consolidación de la «matriz cultural» de la democracia en España podría interpretarse también como «la crónica de una debilidad anunciada».

En su capítulo sobre «Nacionalismos y culturas políticas en España (c. 1975-2012)», Ferran Archilés parte del supuesto de la existencia de un núcleo básico común a todo nacionalismo, el de la afirmación de la existencia de la nación propia como sujeto político o que aspira a devenir tal. Ese sería el discurso común de los nacionalismos presentes en España, del español y de los alternativos. El primero, renuente a reconocerse como tal, «banalizado», aunque no por ello menos presente, transversal en el sentido de no precisar de una cultura política específica para afirmar el propio relato. Los segundos, identificados con culturas políticas, más plurales en el caso catalán. Archilés sitúa el punto de partida de la dialéctica entre unos y otros en el marco de una «ruptura discursiva» que, en el tardofranquismo y la transición, obligó a una redefinición de las identidades nacionales, tanto de la española como las de las alternativas; y concluye preguntándose si cuatro décadas después no nos hallaríamos ante una nueva ruptura discursiva.

Del cómo se han instalado las crisis política, social e institucional, se ocupa el capítulo de Jorge Benedicto, «“Y en esto llegó la crisis”. Transformaciones y quiebra de la matriz cultural de la democracia española». Enlazando con cuanto se apuntaba en un capítulo anterior sobre la erosión de la estructura cultural de la democracia española, Benedicto analiza su posterior resquebrajamiento. Se señala aquí, por una parte, cómo la aceptación por el Partido Popular de los códigos culturales de la democracia derivó hacia una clara voluntad de imponer su propia lectura de los mismos; y, por otra, la importancia de la oleada de crispación sin precedentes experimentada durante las posteriores legislaturas socialistas. Se llegó así a la sustitución de los temas ideológicos por otros transversales, a la desaparición de un terreno de juego común y a la pérdida del capital simbólico de la moderación como categoría fundamental de la vida política. La desafección respecto de los partidos y la creciente indignación de los ciudadanos fueron sus consecuencias; aunque, también, nuevos procesos de movilización y repolitización capaces de dotar a los elementos de la desafección de nuevos significados.

La segunda parte del volumen, «Las identidades políticas», se ocupa, como decíamos más arriba, de las distintas culturas políticas, de sus discursos y

prácticas, en su relación, por supuesto, con los marcos y contextos señalados. La interacción entre las distintas culturas políticas, tanto como el complejo juego de las transversalidades, se constituye, como se verá, en objeto privilegiado de estudio.

Tal es el caso del capítulo de Hugo García, «¿La República de las *pequeñas diferencias*? Cultura(s) de izquierda y antifascismo(s) en España (1931-1939)». Centrado en el estudio del antifascismo español, en sus orígenes, evolución y crisis final, el texto analiza sus discursos para constatar, tanto las diferencias entre las distintas culturas políticas que se identificaban con él como sus códigos compartidos. El antifascismo cobró un impulso fundamental en España con la subida de Hitler al poder; pero fue en la Guerra Civil cuando desplegó todas sus potencialidades: definió los campos —fascista/antifascista— del conflicto, se transformó en el principal discurso legitimador de la República en guerra y constituyó el cemento unificador del campo republicano. En su pluralidad conflictiva, el relato antifascista fue capaz de generar una nueva identidad colectiva. Ni único, ni monolítico, el antifascismo se configuró como un entramado cultural transversal a las familias políticas, capaz de unificar sectores sociales muy diversos en pos de objetivos comunes.

No menos transversal se demostró una cultura franquista cuyas raíces culturales han sido analizadas en un capítulo anterior. De la existencia en ese marco de dos culturas hegemónicas, la nacionalcatólica y la fascista, parte el capítulo de Zira Box, «La dictadura franquista: culturas políticas enfrentadas dentro del régimen vencedor», para analizar el modo en que los sectores a ellas vinculados se enfrentaron a la tarea de construir la nueva España. Obligadas a convivir en el marco del partido unificado, las dos principales culturas políticas del franquismo se definieron y redefinieron en un incesante juego de lecturas y relecturas de unos códigos culturales compartidos, pero a los que dotaban de significados muy distintos. Una y otra vez, se reprodujeron esas pugnas, las cuales, por más que adquirieran su mayor visibilidad en el terreno cultural, tenían un marcado trasfondo político. Así sucedió década tras década hasta que la cultura franquista en su conjunto fue a estrellarse con una sociedad en la que emergían con fuerza otros códigos culturales y políticos.

El capítulo de Julián Sanz, «De la guerra al Movimiento: sobre prácticas, socialización y vectores de difusión del falangismo», centra su atención en el estudio de las prácticas relacionadas con la difusión, socialización y experiencias de la cultura franquista; en especial, en los espacios de intersección entre estos y la recepción ciudadana. Con estas premisas, Sanz se aproxima, en primer lugar, a la Guerra Civil como momento clave en la conformación de una

cultura de la victoria que constituyó la principal fuente de legitimación de la dictadura; y, en segundo término, al falangismo, tanto en sus prácticas violentas como en su voluntad de encuadramiento y captación de las masas. Integrado en el partido único impuesto por Franco, pero hegemónico siempre dentro del mismo, el falangismo hizo del Movimiento un exponente y difusor de su propia cultura política, al tiempo que lo era también de la cultura franquista, entendida esta como una cultura transversal o simbiótica.

De la larga y compleja trayectoria que va de la crisis del antifascismo, al final de la guerra, a la recomposición de un lenguaje común, el del antifranquismo a finales de la dictadura, se ocupa el capítulo de José Babiano, «Retóricas y espacios del antifranquismo». El escenario que se dibuja al final de la guerra está marcado por profundas fracturas en el campo de los vencidos: entre las culturas políticas, especialmente con la mayoría de ellas y la comunista; en el interior de cada una de ellas; en las expectativas y en las formas de hacer política; planeando sobre todas ellas, la que se daba entre el exilio y el interior. La irrupción de las protestas obreras y estudiantiles de los años cincuenta y primeros sesenta marcó un cambio sustancial, materializado en el pasaje de la hegemonía del exilio al interior, así como en el ascenso y protagonismo de los movimientos sociales. Se fue generando a partir de ahí una nueva base cultural del antifranquismo, el lenguaje común de los derechos y libertades, que lo situaría claramente en los orígenes de la democracia.

El capítulo de Alberto Sabio sobre «Las culturas políticas socialista y comunista ante la ruptura pactada: acción colectiva, consenso y desencanto en la transición española, 1975-1979» tiene un claro punto de partida: sin la presión de la calle y la acción colectiva de las culturas de izquierda no habría sido posible llegar a la reforma política, pero ello no supuso que dichas culturas políticas se convirtieran en hegemónicas en el proceso de la transición. Entre estos dos polos hubieron de redefinirse tanto los socialistas como los comunistas, modificando sus ejes discursivos y renunciando a algunas de sus señas de identidad. El fracaso de los comunistas tuvo su correlato en el éxito del PSOE. Con todo, la contribución de ambas culturas a la construcción del consenso que hizo posible la democracia fue fundamental. Que este complejo proceso terminase por conducir al desencanto y a una democracia más representativa que participativa, es algo que merece ser analizado lejos de cualquier reduccionismo presentista.

Carme Molinero y Pere Ysàs, en el capítulo «Derechas e izquierdas en la España posfranquista», analizan las propuestas, discursos y prácticas de las distintas culturas políticas en la configuración y consolidación de la democracia.

De las derechas en primer lugar, donde se sigue, en especial, la trayectoria desde Alianza Popular, con sus fuertes componentes franquistas, hasta la aceptación plena de los códigos democráticos, ya como Partido Popular. Largo y tortuoso camino que tuvo su correlato en la reformulación, que no abandono total, de anteriores elementos discursivos, como los relacionados con las cuestiones confesionales, los valores morales o el nacionalismo español. En el terreno de las izquierdas, la precedente hegemonía comunista cedió el paso a la socialista. El discurso de la modernización y europeización del PSOE fue coronado por el éxito, confirmando su hegemonía en España. Pero el abandono de los discursos y prácticas específicamente de izquierdas generó fracturas y se tradujo a medio plazo en la pérdida de una militancia activa capaz de articular discursos políticos y experiencias ciudadanas. También la crisis del PCE conduciría a una drástica reducción de una militancia cuya aportación a la creación de una cultura democrática, participativa y portadora de grandes expectativas había sido fundamental. Por uno y otro lado, las culturas de izquierda encontraron serias dificultades en su articulación con unos nuevos movimientos sociales cuya capacidad de movilización puntual no se traducían en el surgimiento de un proyecto global.

Señalábamos al inicio de esta introducción la suma complejidad y consecuente dificultad de estudiar la articulación y el desarrollo, los cambios y las mutaciones de las distintas culturas políticas en una sucesión de contextos históricos y cambios radicales respecto de los cuales esas mismas culturas políticas tuvieron mucho que decir. Poco es, por eso mismo, lo que los editores de este volumen pueden añadir en el terreno de las valoraciones conclusivas que vaya más allá de lo que se ha analizado en los distintos capítulos. Esta es una «tarea», por así decirlo, que corresponde al propio lector. De lo que sí estamos seguros es de que cuanto aquí se ha estudiado contribuirá a desterrar simplificaciones y restituir complejidades a nuestra historia contemporánea; como lo estamos también de que el enfoque de las culturas políticas habrá servido para revelar su fecundidad, aunque también sus problemas. Otra «tarea» que dejamos para el lector y futuras investigaciones. Sobre todo, debemos expresar nuestro agradecimiento a los autores, por su dedicación, entusiasmo e incuestionable capacidad para abordar los problemas más relevantes. Nuestra gratitud, finalmente, a Julián Sanz y Javier Esteve por su esfuerzo en la revisión final de los textos y la bibliografía. Algo que, cuanto menos, nos ha permitido ser respetuosos con los plazos marcados.